

# Carta de Argentina

## Vida de náufragos

*Jorge Andrade*

Una gastada metáfora que se puso de moda unos meses atrás, cuando la situación del país entró en picada, compara a Argentina con el *Titanic* y a sus habitantes con pasajeros que bailan al son de la orquesta que toca en cubierta cuando el desastre ya se consumó. Digamos que no por remanida la metáfora resulta menos acertada, aunque sólo lo sea parcialmente ya que éste, a diferencia del trasatlántico trágico, es un navío de tres velocidades o, mejor aún, tres naves en una que a partir de la colisión se separaron y cada una de las cuales corre hacia su propio destino.

Así, los pasajeros de primera clase, acomodados en la cubierta superior, por encima de la línea de flotación, continúan felices el viaje y bailan, sin preocupaciones, al compás de músicas festivas, porque la cubierta arrancó sola y continúa su derrota gallardamente con proa hacia puertos promisorios. Los que colmaban la sentina están todos ahogados. La cubierta intermedia, la de clase turista, se hunde lentamente mientras que sus ocupantes tratan de mantener el decoro, aunque el agua ya les pasa de los tobillos y sube peligrosamente.

Los viajeros de primera clase son pocos, no más de 3 ó 4 millones de los 36 que tiene el país, poseen dinero y bienes en el extranjero y eligen libremente si van a continuar su vida en el destino que escojan a su gusto o si, tangueros sentimentales, prefieren seguir residiendo en Argentina, en barrios cerrados y custodiados, ajenos al ruido y la furia que truena más allá de las verjas y disfrutando de ingresos en dólares y gastos en el nuevo peso devaluado. Los que viajaban en la bodega son los 18 millones de pobres registrados en abril, la mitad del censo, que con la inflación actual, el paro y los salarios congelados, serán unos 22 para las mediciones anuales que se hacen en octubre. Las menos de 15 millones de almas que viajan en turista y que en octubre serán 10, cuando otros 4 ó 5 millones caigan bajo el nivel del agua, representan sobre la escena el simulacro de que sus vidas siguen más o menos como siempre.

Los habitantes de la cubierta intermedia van al cine donde, milagrosamente, todavía se estrenan películas nacionales y extranjeras. Aprovechan las entradas a mitad de precio de los días laborales o que se destinan a la

tercera edad. También asisten al teatro, aunque menos, porque las entradas de éste resultan caras comparativamente con las del cinematógrafo y por lo tanto los espectadores son pocos, de modo que el observador se pregunta cómo pueden sobrevivir los numerosos espectáculos teatrales que tiene en cartel la ciudad de Buenos Aires. La conclusión es que las puestas que no cuentan con productores –que se reservan para las piezas más comerciales– si no obtienen algún magro subsidio estatal son financiadas por las propias compañías, cuyos integrantes destinan a su vocación el producto de parte de sus ingresos provenientes de cualquier otro trabajo o, como comenté en alguna carta anterior, del restaurante anexo al teatro y que atienden los propios actores.

Los viajeros de turística también visitan gratuitamente la Reserva Ecológica Costanera Sud de la Ciudad de Buenos Aires. Marchan, corren, montan en bicicleta o simplemente pasean y gozan de un día en familia en este espacio de flora, fauna y lagunas naturales. Fue la terca naturaleza la que se encargó de reconstituirlo espontáneamente en los terrenos ganados al Río de la Plata por la dictadura militar para uno de sus proyectos megalómanos abortados, éste destinado a la especulación inmobiliaria masiva. En un alto del camino para reponer fuerzas en mi marcha dominguera por la Reserva, meriendo observando las aves acuáticas, los lagartos overos y los coipos roedores –que ciertos intelectuales orgánicos, más familiarizados con los albañales urbanos que con la fauna autóctona, confunden con ratas– que trabajan por la vida sin preocuparse de amenazas humanas, tan confiados están en que no recibirán agresiones. A la entrada somos muchos los que firmamos un petitorio al gobierno de la ciudad para que frene la construcción de rascacielos en los bordes del enclave natural, ya que su impacto sobre el medio ambiente altera el equilibrio ecológico.

Los amenazados viajeros de turística también asisten a la feria del libro que termina en los primeros días de mayo. Hay menos kioscos de expositores que otros años, eso es verdad, pero no decrece la cantidad de conferencias, mesas redondas y presentaciones de libros, todas llevadas a cabo ante salas repletas de asistentes. La feria es, como desde hace más de veinticinco años, un pasar incesante de multitudes que, incluso, compran libros, aprovechando el descuento sobre el precio de tapa del diez por ciento y del importe de la entrada, de 2 pesos que, hoy por hoy, son menos de 0,75 euros. De cualquier modo téngase presente que, para los que pagan la entrada, los dos pesos de hoy son los mismos de antes, pues no importa la paridad cambiaria a la hora de percibir sus emolumentos congelados. Mucho menos les valen cuando concurren al supermercado o a la farmacia, porque los precios de alimentos y medicinas sí se rigen por la cotización del dólar.

La gente no sólo va a la feria a comprar libros o a escuchar los dichos de la intelectualidad nacional y extranjera –poca esta última porque ahora se le paga en moneda débil– sino a pasear entre libros y entre mesas donde se reclama, con bastante éxito por cierto, su firma para pedir la derogación de la lista electoral sábana (o sea la lista cerrada) o la de las jubilaciones de privilegio, es decir las percepciones extraordinarias que reciben los que han ejercido un cargo público, no importa por cuánto tiempo, ni la edad que tengan.

Hay un bar del barrio de Palermo en el que recalo a veces para descansar en medio de mis andanzas ciudadanas. En mi última visita descubrí en el extremo más retirado y calmo del local, donde están las mesas preferidas de los solitarios que se ensimisman y meditan con la mirada perdida en los ventanales que dan a una calle arbolada y silenciosa, una estantería de regulares dimensiones y sobre ella un rótulo: *Biblioteca Circulante*. Cuenta con una buena cantidad de libros, revistas y diarios, y por lo que pude hojear en el poco rato de que disponía antes de continuar viaje, el material es variado e interesante. Hace mucho que es costumbre en Buenos Aires que el parroquiano de los cafés tenga derecho al periódico del día; ahora se le agrega el préstamo gratuito de libros.

Extraños habitantes de la cubierta intermedia de este barco a la deriva que es mi país. Ni salvados ni ahogados, con el agua amenazante que no deja de crecer, ellos no se resignan a abandonar sus viejas costumbres. Juntan las monedas para ir al cine, se cuelan en los teatros cuando pueden, tienen conciencia política, protestan sin cesar y si no les alcanza para comprar libros, toman un modesto café y leen los que les presta el dueño del bar.




---

EXTRACTO DEL CATÁLOGO  
DE  
EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

---

# LA NOVELA ROSA

Publicación quincenal  
Novelas largas y completas

a  PTAS.

## PRIMEROS TÍTULOS DE 1928

|                               |                   |
|-------------------------------|-------------------|
| El último cartucho, . . . . . | Mary Floran.      |
| El hijo de papel, . . . . .   | Tirso de Medina.  |
| Magdalena, . . . . .          | W. Heimburg.      |
| Mi amigo, . . . . .           | Pierre Villetard. |
| El Amor y Diana, . . . . .    | Concordia Merrel. |
| Perdida, . . . . .            | H. Greville.      |

---

Véase la lista completa de las 96 novelas publicadas en los años 1924 a 1927, que se hallará en este ALMANAQUE, al final de «LOS MAESTROS DE LA RIMA».

---

## NUEVOS TÍTULOS EXTRAORDINARIOS A 2 PESETAS

|                                       |                      |
|---------------------------------------|----------------------|
| La Castellana de Shenstone, . . . . . | F. L. Barclay.       |
| La Pasajera, . . . . .                | Guy de Chantepleure. |
| Novia oficial, . . . . .              | Berta Ruck.          |
| La misión de Josefina, . . . . .      | Marian.              |
| La dama del traje blanco, . . . . .   | W. Collins.          |
| La que no supo odiar, . . . . .       | C. Eimeric.          |

---